

(02036)

## Qué diantres tendrá el fútbol

La nueva temporada del Rayo, esta vez en Segunda División, no había podido comenzar peor: el primer partido, jugado fuera de casa, lo había perdido por cinco a uno. Semejante desastre no disminuyó las esperanzas de los mospintoleños, deseosos de que llegase pronto el domingo para ver por primera vez a Piquito y sus compañeros jugar en campo propio. Se aventuraba un lleno total del campo, remozado de acuerdo a las nuevas necesidades que dictaba la competición en la división de plata del fútbol español.

—¿Cómo han ido esas vacaciones, Fátima?

—Mucho calor, don Faustino. Mucho.

—Natural. En Marruecos hace calor para dar y tomar.

—Si no fuera por la abuela, yo ya ni iba. Menos mal que Said se lo pasa muy bien con sus primos. Dice que en el pueblo hay más arena que en la playa...

Cualquiera lo pone ahora a estudiar... porque el colegio empieza pronto, ¿no?

—Está a la vuelta de la esquina. Y no sólo a él le va a pillar desentrenado...

Don Faustino sabía lo que decía porque desde el uno de septiembre él ya estaba currando en el Instituto. Eran días de largas y pesadas reuniones que a él se le hacían eternas aunque la vuelta a la normalidad le compensaba gratamente. El verano solía romperle su monótona rutina habitual brindándole demasiados días de soledad. Todavía no se había acostumbrado a vivir sin Cristina, su mujer, fallecida hacía ya cuatro años. Sin hijos y con la familia repartida en varios países, los dos largos meses de vacaciones últimamente se le hacían eternos.

—Don Faustino, yo no entiendo *ná* de fútbol pero en estos días oigo hablar por todos lados del Rayo de Mospintoles. La gente ha *perdío* la cabeza...

—Quizás el éxito del fútbol esté en que evita la soledad de mucha gente. O que ha suplido a la religión...

—No entiendo...

—Perdóname, ando un poco decaído con el regreso al trabajo. Le llaman síndrome postvacacional. Una estupidez.

—Ayer me decía el niño que le gustaría ver al Rayo el próximo domingo. Algunos de sus amigos van a ir con sus padres...

—Otra bobada del personal. ¿Y tú qué le has dicho?

—¡Qué le voy a decir, don Faustino! Que no está el horno *pa'* bollos, como dicen por aquí. Y que es muy pequeño *pa'* estas cosas. Ya sé que a él le haría mucha ilusión...

Don Faustino se quedó mirando a Fátima mientras ésta continuaba sacando del trastero los cacharros de la limpieza. Era una mujer regordeta, de buen ver, que aparentaba más años de los que realmente tenía. Quizás por el tipo de vestido, siempre largo y holgado, quizás por la forma de su peinado,

que le daba un aire de señora entrada en años cuando apenas rozaba la treintena. Llevaba trabajando por horas en casa de don Faustino desde hacía seis años. Tras la muerte de su mujer, Cristina, otra lo hubiera dejado en la estacada doméstica pero Fátima aumentó sus horas de trabajo para no sólo cubrir la limpieza semanal del piso del viejo profesor sino también para planchar su ropa y cocinarle algunos platos caseros para toda la semana. Su marido, también marroquí como ella, había fallecido en un accidente laboral hacía ya siete años, uno menos que la edad de su hijo Said. Mujer valiente y trabajadora, decidió seguir adelante, sin arrugarse, sin escuchar a los familiares que a varios miles de kilómetros le aconsejaban que regresase de nuevo al pueblo que le había visto nacer y del que había salido hacía varios años en busca de una vida mejor.

—Estoy pensando, Fátima, que a lo mejor hay suerte y puedo conseguir un par de entradas para ese dichoso partido.

Llegó el domingo. A las cuatro en punto de la tarde sonó el timbre en casa de don Faustino. No le pilló de sorpresa. Había intentado por todos los medios encontrar entradas para ver en Mospintoles el primer partido del Rayo en Segunda División. En las taquillas del estadio no quedaba ni una. Estaban agotadas desde hacía una semana. Sondeó a conocidos y amigos por si disponían de alguna sobrante o de las reservadas hasta el último momento. Nada de nada. Ni siquiera Sebastián Matute pudo obrar el milagro.

»—¿Pero por qué no me lo ha dicho antes? María repartió una decena de las que le había dado el club para sus compromisos. Yo mismo tenía dos, una para mí y otra para el Sergio, y al final las cedí al Chispas y al Pelucas. ¡Hay que tener contentos a los trabajadores! A mí, ya sabe, el Rayo todavía no ha conseguido enamorarme y mi hijo prefiere ver al Real Madrid, que juega a la misma hora por la tele.

»Sólo le quedaba una persona a quien recurrir —pensó don Faustino— pero nunca acudiría a ella: Piquito. El chaval había aprendido algo de lo que le había estado enseñando en las clases del verano pero, una vez iniciada la Liga, no estaba garantizada la continuidad de manera más o menos sistemática. Tendría que llamarlo expresamente para pedirle el favor y suponía que ese tipo de llamada y de petición debía de resultarle ya demasiado familiar. Aunque argumentase que sólo quería colmar la ilusión del hijo de su asistente doméstica, Piquito no lo creería. Su actitud crítica con el mundo del fútbol no quería que se pusiese en duda, y menos por parte de Piquito. Tampoco había recurrido a la periodista, a Susana Crespo, por idénticas razones.

»—Sólo hay una oportunidad entre mil de conseguir las dichas entradas... —insinuó el Sebas.

»—La reventa. Dos entradas a precio de caviar. Sólo para poder ver

durante noventa minutos a unos intelectuales del balón que disfrutaban maltratándolo. Joder, Sebas, no me tomes por idiota...

»—Pues chico..., perdón..., don Faustino, eso es lo que hay. También puede llevar al niño a la cafetería La Cama, donde tienen una pantalla gigante y creo que televisan el partido. Le compra un par de bolsas de patatas fritas y el chaval se queda más contento que unas castañuelas.

»—Podría ser una opción si no hay más remedio...

»—No tiremos la toalla antes de tiempo. Mañana por la mañana nos vamos por los alrededores del estadio y algo caerá. En esto de comprar entradas en la reventa el Sebas tiene bastante experiencia. Y no me negará que conseguir un asiento para ver al Barça es más difícil y caro que para ver al Rayo...

»Don Faustino miró a lo lejos, al fondo de la calle. Su deseo —casi infantil— de no privar a Said de aquel partido le estaba provocando un considerable mal humor tras comprobar que la empresa era casi imposible. ¿Qué estaba pasando en el puñetero país y en la mismísima Mospintoles para que un vulgar espectáculo, conocido hasta el aburrimiento, consiguiese llenar los estadios todos los sábados y domingos pese a la crisis y a la carestía de las entradas? ¿Estaba todo el mundo loco? ¿Era esa locura algo coyuntural o ahora alcanzaba su cenit tras una ascensión desquiciada que venía de décadas? ¿Qué diantres tenía el fútbol o, mejor dicho, qué demonios habían conseguido introducirle los medios de comunicación, ahora el auténtico poder, para que casi todo el planeta perdiese el culo por contemplar los azares y desventuras de don balón? Al fútbol —a pesar de sí mismo— habían conseguido elevarlo a los altares convirtiéndolo en una nueva religión, fanatizada y estúpida como todas. El reciente Mundial del mes de julio le había abierto definitivamente los ojos: el fútbol era el nuevo opio del pueblo, de los pueblos, y mientras rodase la pelotita estaba garantizada la anestesia social, la felicidad y el carnaval. Porque no son sólo los noventa minutos de juego; es el largo preámbulo antes de los partidos, donde se pronostica, apuesta y opina; es el extenso epílogo que sigue al pitido final, con las repeticiones mil veces de las jugadas más interesantes, de los goles, con las discusiones sobre los posibles penaltis no pitados, las lesiones, las declaraciones de los protagonistas... A todo esto se le podría aplicar perfectamente un nombre: alienación. Pero, ¿quién coño sabía ahora qué significa esta palabreja? ¿Y qué? La vida está hecha de cruda realidad y el fútbol y otros espectáculos de masas al uso permiten que la ficción, y por tanto la felicidad momentánea, se instale en la vida de millones de personas anónimas que gritan, saltan, comen y hasta follan imitando a sus ídolos.

»—Bueno, ¿qué me dice, profesor?

»—Ah, perdona, Sebas, se me ha ido el santo al cielo. Cosas mías.

»—Impublicables, ¿no?

»—Más o menos. O de juzgado de guardia. Mañana me paso por aquí y a ver si hay suertecilla...

El timbre de la casa volvió a sonar insistentemente varias veces. Don Faustino echó de nuevo la vista al reloj: las cuatro y un minuto de la tarde. Tenían tiempo de sobra.

—¡Enseguida bajo!

Cogió las llaves de casa y, al pasar por el espejo del vestíbulo, se le ocurrió detenerse en él. Allí vio reflejado a alguien contento y feliz como no recordaba en muchos meses.

»Era viernes por la mañana. Don Faustino, como fiel corderillo, seguía los pasos de Sebastián Matute. Al fin, tras callejear un rato como si quisieran despistar a unos hipotéticos perseguidores, se dieron de bruces con la cara norte del estadio.

»—¡Coño, cómo está esto! Si parece que se disputa hoy la final de la Champions...

»—Joder... —don Faustino se olvidó de las bellas palabras—. ¿Y toda esta gentuza ha venido aquí a por las putas entradas de reventa?

»—Chissss! Hable más bajo, hombre, ¿o quiere que salgamos de aquí con las orejas bien calientes?

»—Pero esto es increíble, inaudito, patético... Cientos de personas en busca del Santo Grial...

»—Esto es lo que mueve el mundo, don Faustino. Para patético el discursito de mi mujer, por muy teniente de alcalde y bella moza que sea. El fútbol mueve montañas, millones de ciudadanos, hace girar la economía, crea felicidad y tristeza... ¡La vida, amigo mío!

»—Muy filósofo estás hoy, Sebas, pero no tengo ganas de discutir. A ver cómo cojones se pueden conseguir dos malditas entradas...

»—Deje las palabrotas para cuando esté en el estadio. Vamos hacia aquel joven que está de espaldas. Me da en la nariz que vende.

»El muchacho, que visto por atrás parecía casi un adolescente, se dio la vuelta en cuanto presintió que se acercaban clientes. Entonces vio llegar a dos hombres con pinta de buscar algo...

»—¿Vendes? —preguntó el Sebas.

»—Mercancía pura, recién traída de Bogotá. A cincuenta pavos el gramo.

»—No, gracias. Yo me conformo con la cafeína —se notaba que Matute sabía salir airoso de los negocios—. ¿Sabes de alguien de los que dan vueltas por aquí que venda entradas para el partido del domingo?

»—Mi primo. Es aquel, el de la gorra del Rayo. No sé si le quedará alguna.

»Sebastián Matute salió pitando hacia aquel primo. Tal celeridad impuso a su aproximación que cuando don Faustino le dio alcance ya había establecido el primer intercambio de información.

»—Dice que trescientos euros por cada entrada.

»—¡Joder! —don Faustino seguía empeñado en dar patadas al diccionario de la buena educación—. ¡Por ese dinero me compro cinco jamones de Jabugo!

»—Sí, pero se quedará sin poder ver al Rayo en vivo y en directo... —replicó el joven.

»—Por mí como si les ponen un cohete en el culo a cada jugador y los mandan para Alemania...

»—No sea borde, don Faustino. Me está decepcionando. A ver, buen hombre. Yo le ofrezco cien euros por las dos entradas y encima le regalo una rueda de repuesto para su coche. ¿No le parece una ganga?

»El tipo aquel, sorprendido por la oferta, se levantó un poco la gorra dejando al descubierto sus negrazos ojos.

»—Cuatrocientos euros y la rueda. Siendo usted el propietario de los talleres Matute lo del neumático le saldrá gratis...

»—Mire, jovenzuelo —don Faustino estaba a punto de explotar—. Si no fuera porque quiero hacer feliz a un mocoso que no levanta dos palmos del suelo pero al que le han comido el coco con el maldito fútbol y el maldito Rayo de Mospintoles, le iba a comprar las entradas su puñetero padre. ¡La reventa con lucro es ilegal!

»—Sensatez, amigo Faustino, que hoy no es tu día. Estamos aquí, delante de este buen hombre, para hacernos un mutuo favor: nosotros le compramos entradas que ya no hay y él se gana unos eurillos para poder comer caliente la próxima semana. Es un negocio en donde ganan ambas partes siempre que el lucro del vendedor no sea excesivo. A ver, joven: doscientos cincuenta euros y dos ruedas. Es mi última oferta. O acepta o veremos el partido del Rayo por televisión.

»El joven tenía la mirada fija en don Faustino. Intrigado.

»—Su voz me suena mucho. Y su cara. ¿Es usted profe?

»—No, no... —a don Faustino se le iban y venían los colores.

»—Sí, es profesor.... de autoescuela —el Sebas le echó un capote.

»—Puede ser, no digo que no, pero creo haberle visto en algún colegio cuando yo era un enano. Desde que tuve el maldito accidente de moto tengo lagunas de memoria y no me atrevería a asegurarlo pero juraría que su cara me suena de algo, de algo muy lejano...

»—¿Doscientos cincuenta pavos, dos ruedas y a correr, jovenzuelo? —se notaba que el Sebas estaba acostumbrado a la cosa de los trueques.

»—Va, salgo perdiendo dinero pero dos ruedas son dos ruedas, aunque sean usadas.

»—¡Tendrá morro el tío! —a don Faustino se lo llevaban los demonios.

Matute se sacó la cartera en un santiamén (en estas lides estaba mucho más avezado que el viejo profesor) y pagó con cinco billetes de cincuenta.

»—Pásate esta tarde por el taller y te doy las dos ruedas. Ojo, que no te he dicho para qué coche eran...

»—Da igual, las revenderé también.

»Don Faustino iba a abrir de nuevo la boca pero Matute se lo impidió por un método bien expeditivo: tapándosela.

Mientras bajaba por las escaleras, el viejo profesor recordaba sonriendo la escena de la compra de las entradas cerca del estadio. Entradas que el Sebas le cobraría en la próxima factura de la reparación del coche pues se había negado a aceptarle dinero alguno. Reconocía que aquella mañana estuvo muy desafortunado y que un día, oye, es un día. Qué más da engordar el bolsillo de un pobre diablo si con ello se podía hacer feliz a un joven chiquillo. Cuando abrió la puerta de la calle allí estaba la pareja. Ella, Fátima, vestida con una especie de chilaba rosa con varios estampados y adornos. Él, Said, con unos pantalones cortos y una camisa azulona limpia como los chorros del oro.

—¡Hombre, Said, cuánto tiempo sin vernos!

—Qué tal, abuelo —y le estampó dos sonoros besos en la cara.

—Un pajarito me ha dicho que esta tarde te gustaría ver el partido del Rayo. ¿Es cierto?

—Me encantaría, pero mis amigos dicen que se acabaron las entradas. Y mi madre no tiene dinero para eso, valen mucho. Le he pedido que me lleve por los alrededores del campo para ver el ambiente.

—Nada de eso, Said. He conseguido entradas y nos vamos a ir los dos, ahora mismo, al estadio. Ten estos prismáticos para que puedas ver aún mejor a Piquito y la compañía.

En esos momentos se cruzaron las miradas del viejo profesor y del niño. Aquellos ojos infantiles, despiertos y dicharacheros, adquirieron un brillo tal que tardaría mucho tiempo en apagarse. La cara de Said rebosaba felicidad por todos sus poros, desde sus canijos dientes a sus espesas cejas, pasando por sus dos pícaros hoyuelos de las mejillas. El chico se quedó con la boca abierta, asombrado, sin saber reaccionar, mientras su madre le miraba embelesada. No había contado nada a su hijo sobre el plan de don Faustino para que le pillara de sorpresa.

—Bien, Said, ¿piensas estar así toda la tarde? Creo que Piquito está a punto de llegar al estadio.

Cuando, dos horas más tarde, el figura del Rayo asomó por el túnel del vestuario, el campo se vino abajo. Todos aplaudían a rabiar. El estadio estaba completamente lleno y el ambiente era bastante festivo.

—Said, ¿es tu primer partido?

—Sí, nunca he ido a un estadio. Gracias por invitarme.

—Yo habré visto dos o tres partidos en mi vida. Demasiado ruido para mis castigados oídos.

Cuando el encuentro comenzó se produjo la metamorfosis. Aquellos sonrientes jugadores que saludaban joviales a la salida al campo pronto empezaron a darse leña de la buena y aquellos espectadores que tan divertidos asistían a los prolegómenos del partido se trocaron en su mayoría en gente irascible que protestaba por todo.

El partido era bronco. El equipo visitante, plagado de gente muy veterana, tenía clara su estrategia: intimidar a los jóvenes jugadores mospintoleños, noveles en Segunda y poco acostumbrados a tanta presión. Sólo Metzger sabía contrarrestar aquel severo castigo que en forma de encontronazos y patadas aplicaba el equipo rival. A los veinte minutos de juego el árbitro ya había sacado cinco tarjetas amarillas aunque la afición local estimaba que al menos dos jugadores visitantes deberían haber sido enviados a los vestuarios. El propio Piquito sufrió un hachazo en pleno muslo izquierdo que le dejó dando tumbos por el césped con grandes alaridos. Afortunadamente el agua milagrosa del masajista hizo sus efectos. O quizás es que la cosa, en el fondo, no fue para tanto y Piquito aprendía de prisa todas las triquiñuelas de los veteranos. En más de una ocasión don Faustino vio como Said se tapaba los ojos y oídos ante aquel espectáculo tan desagradable, con la grada vociferando y algunos espectadores desmadrados. Encima el equipo visitante logró en el minuto treinta un gol de auténtico churro: un lanzamiento de falta se estrelló en un larguero y el rebote dio en la espalda del defensa central mospintoleño entrando mansamente en la portería.

Aquel gol acabó por caldear el ambiente a la máxima temperatura. Los aficionados silbaban cada intervención rival y alguno hubo que tiró al campo una botella de agua.

—Deja de hacer el imbécil, chaval, ¿o quieres que nos cierren el campo varios partidos? —reclamó alguien con sensatez.

—Yo hago lo que me sale de los cojones que para eso he pagado.

—Tú eres un imbécil y en tu casa no lo saben...

Y se armó. La escena ocurrió tres filas más abajo donde se encontraban don Faustino y el niño. En medio de aquel griterío desaforado, vieron como un hombre ya mayor, con una bufanda del Rayo en la mano, recibía un puñetazo en pleno rostro a manos de un tipo joven, de pelo rapado, y cuyos músculos como morcillas apenas se podían contener dentro de una camiseta roja. El acompañante del hombre mayor intentó protestar y entonces un amigo del agresor agarró del cuello a quien sólo pretendía poner orden y paz en aquel sinsentido. Pronto se organizó una pequeña batalla campal mientras los jugadores seguían dándose leñazos en el terreno de juego y la mayoría de los espectadores se dedicaba a insultar al árbitro por no atajar tanto juego duro.

Said se agarró fuertemente a don Faustino mientras empezó a llegar la policía que, antes de preguntar, empezó también a repartir estopa.

—¿Me habré confundido y en vez de un partido de fútbol he venido a ver *pressing catch*? —siempre hay gente curtida por la vida que saca a relucir una gota de humor en medio de la tempestad.

—¡Gooooooool!

El rugido alivió la tensión. ¡Piquito había lanzado un zambombazo desde el borde del ángulo izquierdo del área rival y la pelota había entrado por toda la escuadra! La gente se volvió como loca en todo el estadio. El griterío sólo pilló desprevenidos a los espectadores que disfrutaban del "*pressing catch*", quienes inmediatamente gritaron también goooool y se pusieron a festejar el tanto aunque no habían podido verlo. Sólo la policía siguió repartiendo leña al joven botarate y a su amigo, a los que parecía que les encantaba recibir, mientras las asistencias se llevaban sangrando al señor mayor. No dio tiempo a más porque el árbitro pitó el final de la primera parte, los polis esposaron a los dos energúmenos y el resto del personal empezó a aplaudir a su héroe local cuando enfilaba el camino del vestuario, aunque otra parte importante del estadio empezó a entonar la sinfonía en do-re-mi-cabrón, dedicada al árbitro.

Tantas emociones habían dejado exhaustos a nuestros dos tiernos amigos.

—Es duro esto del fútbol, Said —dijo don Faustino para justificar algo de lo allí vivido.

—Es muy emocionante pero mucha gente dice palabrotas.

—Las que has escuchado deben entrarte por un oído y salir por el otro. Muchas personas tienen tan poca educación porque cuando eran pequeñas no pudieron ir al colegio, ¿sabes?

—¿Y los jugadores?

—Algunos se han equivocado de deporte.

Se comieron dos bocadillos que Fátima había preparado para aquella tarde tan futbolera. Dos botellitas de agua se vaciaron en sus gznates en un santiamén.

—Como sigan repartiéndose caricias los dos equipos el partido se va a suspender por falta de jugadores en el campo —dijo el viejo profesor al niño—. O quizás será el árbitro el que se largue del partido harto de insultos...

—Estará acostumbrado, abuelo, cómo se va a ir.

—Anda, déjame los prismáticos que voy a ver si veo en las gradas alguien conocido.

Don Faustino empezó a hacer un barrido de izquierda a derecha. Mientras iba desplazando los anteojos murmuraba para sí: "Ese es el cínico de Belmonte, el director del Instituto. Y luego dice que no le gusta el fútbol. Je! Y al lado la cacatúa de la Jefa de Estudios. Para mí que estos están enrollados, si es que..., joder, si ahora se dan un beso en todos los morros... Y me parece bien, qué



leches. Vaya, llevo unos días que no paro de decir tacos. Como me oiga Said... A ver, a ver... ¡Hombre, el forastero! Aquel tipo que llegó al Bar Manolo a mediados de agosto vendiendo la burra de que su empresa iba a trabajar en Mospintoles a cuenta del negocio que iba a traer el Rayo a la ciudad. Bueno, negocio sí que hay porque el campo está a reventar y toda esta gente no gasta sólo en entradas para ver el partido. A ver..., mira tú, el Chispas y el Pelucas en animada conversación. Pedazo de bocadillo que se gastan los amigos. Buen detalle el de Matute regalándoles las entradas. Y por allí, a ver..., hombre, la Maripili del Ayuntamiento. Ya hasta las mujeres han caído en las redes del fútbolín. Señor, señor... ¿Y qué veo por allí? Ah, la señora Inmaculada, la madre de Piquito. Y el que está a su lado es su padre, el abuelo de nuestro héroe local... Se les ve la mar de felices. A ver si el chaval les saca a flote, que se lo merecen. (...) Hum, estoy casi mareado de ver a gente conocida. ¡Está aquí dentro medio Mospintoles! Pero a quien no he visto es a Susana, ah sí, ahí está, cerca del banquillo del Rayo, trabajando en lo suyo. Chica lista. Y en el palco, a ver si ya ha regresado el personal... Sí, ya veo el careto del Segis, el alcalde. Este se apunta a un bombardeo. Y al lado, claro, la Reina. Menuda batalla campal van a organizar estos dos de cara a las próximas elecciones municipales. Va a haber puñaladas traperas hasta en los retretes de la sede del partido. Y el tal López, el presidente de este invento, no sé quien es... ¡Mira que un vecino tan insigne como yo y no conocer al nuevo rey Midas! A ver, presta atención, Fausti, que seguro que adivinas quién es. Fíjate bien, va a ser ese a quien todos saludan efusivamente, sí, ese que recibe todas las miradas, el que está tan solicitado. Rodeado de palmeros y pelotilleros... Buena presencia sí tiene... Su cara, no sé, no es la primera vez que la veo, creo... La he visto antes en algún sitio... Yo creo que he hablado con él en una ocasión... pero no recuerdo... Ay, esta memoria de mosquito que me va quedando...".

—Abuelo, que la segunda parte va a comenzar...

—Ten los prismáticos, Said, pero no abuses de ellos que acabarás tan mareado como yo.

Algo debió pasar en los vestuarios durante el descanso porque la segunda parte fue una balsa de aceite. Los jugadores se comportaron exquisitamente, sin el más leve aspaviento ni caricia en las tibias o peronés de los colegas rivales. Así que empezaron a llegar los goles: 2-1, 3-1 y 3-2. Piquito hizo un *hat-trick* de esos (vamos, una tripleta) y poco faltó para que lo sacaran a hombros del terreno de juego. Cuando el árbitro se llevó el silbato por última vez a la boca, todo el estadio exhaló un profundo suspiro colectivo de alivio. La primera victoria del Rayo había costado sangre, sudor y lágrimas pero el objetivo se había conseguido: los primeros tres puntos de la liga ya estaban en el talego. El personal empezó a desfilar camino de los vomitorios del estadio. Se respiraba en el ambiente una sensación de felicidad y de relax impensable una hora antes. Parecía mentira que aquella muchedumbre hubiera deambulado en poco tiempo por todos los estados de ánimo más frecuentes en el ser humano. De la cordialidad a la ira pasando por la tensión contenida y acabando en la calma

chicha. El viejo profesor quiso agotar hasta las últimas aquel cáliz. Pasaría mucho tiempo, quizás toda una eternidad, hasta que alguien consiguiera meterle de nuevo en el interior de un campo de juego. Mientras las gradas se iban quedando vacías, allí permanecía sentada aquella pareja tan dispar.

—Y bien, ¿qué te ha parecido la cosa?

—¡Hemos *ganao*! —le contestó Said.

—¿Sólo eso?

—Tienes razón, mucho ruido...

—¿Algo más?

—No sé, en la tele se ve mejor...

—Estamos de acuerdo.

Cerca de ellos, como si nada le hubiese ocurrido, un hombre mayor iba cantando más contento que si le hubiera tocado la lotería. Llevaba un gran esparadrapo en la mejilla izquierda y restos de gotas de sangre en la camisa que mostraba a los allí presentes como si fuesen medallas de guerra.